

La disciplina de la felicidad

Alejandro Pompei

Otra mañana más que recibía mi desdichado insomnio. El agua en la pava a punto de hervir, el chasquido de las sandalias en el parquet y un disimulado alivio a esa picazón que estorbaba en mis partes íntimas.

Sin ver salir el sol, preparé la mesa para el desayuno. Eran las siete de la mañana y un minuto, y amanecía completamente nublado, *como si Buenos Aires dijese “acá estoy, otra vez”*.

Salí a la calle a buscar el matutino y, sin sorprenderme, me encontré con algunas sonrisas. Es que claro, modestia aparte, vivo en uno de los mejores barrios de la ciudad. Y no en cuanto a la situación económica, sino a la situación espiritual, la cual es una situación no comprendida por las estadísticas. Hay barrios pobres y barrios ricos, y de clase media también. Pero para mí sólo existen lugares donde la gente es feliz o no. O al menos lugares donde se percibe o no se percibe felicidad cuando vas a comprar el diario a la mañana.

No obstante, aquello fue casi anecdótico, porque luego de comprar el diario, llegar a casa y sentarme, la primera plana me regalaba casi una decena de hechos delictivos (del día de ayer). Por lo que antes de empezar a alegrarme por un nuevo día, ya podía ir entristeciéndome por el día anterior.

Podía haber obviado como siempre aquel detalle, haber ignorado esas noticias e ir directamente al suplemento clasificados para continuar buscando trabajo. Pero no. Me fue inevitable reflexionar que aquellas noticias eran las que digería todo el país día tras día, más allá de si representase o no la realidad, o parte de ella. Comencé a sospechar que los reyes de la mentira eran dueños de más de una verdad, que algo nos estaban ocultando. Algo pasaba mientras todos leíamos el diario (o mirábamos la televisión).

Por supuesto que podía cambiar de diario, pero la mayoría de avisos de trabajo se publicaban en éste. Aunque igual, debo reconocer que más me interesaba leer lo que leía la mayoría, ya que en definitiva es la mayoría la que motoriza al mundo, y depende de ella lo que la sociedad construya o destruya. Solo creía que era el momento de que lo importante recaiga en la mayoría. Y lo estoy esperando cada día, en cada primera plana, *del diario que lee la mayoría*.

Terminé de leer entre risas y sollozos, los robos, los abusos sexuales, la violencia, los insultos (*viva Argentina, la puta madre*), la corrupción política, la negligencia política, la deficiencia del sistema de salud, la deserción escolar, el tráfico de medicamentos oncológicos y de VIH –

ni siquiera ya el tráfico de drogas de uso lúdico-, el negocio del deporte, mi horóscopo y la redundancia anticipada de “HOY: DÍA PARCIALMENTE NUBLADO”.

- Y claro que está nublado ¿No te das cuenta?

Temí que esa reflexión se expandiera al resto de los temas.

- Y claro que te pueden robar en cualquier lado ¿No te das cuenta?

Exhausto, obvié el suplemento de cultura y arte, ya que de cultura y arte no tenía más que la información de los estrenos de los jueves, y no era jueves. Llegué por fin al suplemento clasificados para buscar trabajo, no sin antes reírme luego de quedar expuesta una página de policiales con una noticia de abuso sexual acompañada de la publicidad de un albergue transitorio –de un telo-. Increíble.

Diez minutos de dudosos avisos de trabajo “Se buscan jóvenes sin experiencia, para ventas, ingresos extra, 5000 por mes, presentarse con saco y corbata (así nos sentimos elegantes)”.

Diez minutos de preocupantes avisos de trabajo “Se buscan chicas de 15 a 16 años, para empleada, presentarse en km42 (...)”. Diez minutos de graciosos avisos de trabajo “Se busca empleado con experiencia excluyente en trozado de pollo”. Un minuto de avisos seleccionados y otro minuto de avisos descartados que exigían edades mayores, amplia experiencia, master en disciplinas fuera de mi alcance (por lo que podemos ir recortando nuestras expectativas académicas), y un largo etcétera.

Finalmente, de los avisos seleccionados la mayoría ya tenían el puesto ocupado. No me podía explicar como, si es que la gente era muy rápida, o que había mucho desempleo. Y los avisos en los que potencialmente tenía posibilidades implicaban las siguientes cosas; o vender baba de caracol recomendada para aliviar los dolores de enfermos de cáncer, o vender servicios a países de habla hispana simulando el acento, con un previo entrenamiento de agresividad y conducta, o trabajar muchas muchas horas por poco dinero para alentar el sacrificio y la responsabilidad.

Definitivamente dije basta. Algo estaba pasando con la mayoría. Porque así no había forma de que pudiese vivir en ella por más que lo anhelase. Entonces, quedé desamparado. Porque en la minoría había estado, y aunque me haya resultado más simpática, allí había mucho sufrimiento y rencor. Rencor hacia la mayoría.

Sin embargo este desamparo se hacía cada vez más evidente y una de las verdades ocultas de los reyes de la mentira, se vislumbró tenuemente. Una verdad que pareció recordarme que no

siempre fue lo mismo sentarme a desayunar leyendo el diario, no siempre leí semejantes noticias. Una verdad que me dice que la mayoría no siempre fue todo eso que dice el diario, aunque hoy tal vez lo sea, en esencia. Sino, entraríamos en el dilema de la masacre de Columbine, en los Estados Unidos; ¿Marylin Manson tuvo la culpa del asesinato por ser el reflejo artístico de lo que los chicos que cometieron el crimen sentían?

Una verdad que tiembla al avisarme que los desamparados conscientes tuvimos las herramientas inconscientes para saber de nuestro estado. Para saber donde estamos parados. Para disciplinarnos en la felicidad, como único objetivo de nuestras vidas. Y eso puntualmente es lo que fui pensando cuando terminé de desayunar y cansinamente fui hacia el parque. Lo que está perdiendo la mayoría, lo que siento que muchos tuvimos en igualdad de oportunidades, y hoy poco nos sirve porque se han vencido los pases; la disciplina de la felicidad.



ALEJANDRO POMPEI

- Concordia, provincia de Entre Ríos, Argentina.
- alejandropompei@yahoo.com.ar
- Dirección: Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Me encontraba un poco deprimido, pero lo suficiente como para no ser nada grave, y recibí un mail de mi coordinadora en la Fundación Huésped, donde yo colaboro como activista en pos de los derechos de las personas viviendo con VIH/SIDA y de la salud sexual y reproductiva en los jóvenes.

Las reflexiones que me llevan últimamente en la dificultad de conseguir un empleo “honesto” que reivindique el concepto de que “trabajar dignifica al hombre”, de un empleo que beneficie a nosotros los jóvenes y nos brinde oportunidades económicas que muchas veces las necesitamos con la intención de pagar nuestros estudios, ya que de lo que es más difícil trabajar paradójicamente se encarga con mejor resultado la educación privada. Luego el fantasma de la información y de la realidad se suman y se mezclan cuando se observa que es lo que se ofrece como posibilidades tanto de trabajo, estudios y de información.

La felicidad es un objetivo que se construye con educación y conocimiento, y con las necesidades básicas satisfechas. Pero la felicidad se fue confundiendo a medida que se fue denigrando la realidad, con pobreza y desigualdad y con información confusa y también con religiones un tanto crueles a veces.

La igualdad de oportunidades debería llegar no solo a la igualdad en el acceso a los servicios sino a la igualdad de oportunamente ser feliz, mirando al costado y al futuro.